

## EN MEDIO DE LA TRAVESÍA

### 1

Un hombre enfrentándose al Juicio Final. Nada sabemos de la identidad de ese hombre. Podría ser cualquiera de nosotros. Sí, en cambio, vislumbramos lo que le ocurre, al menos en parte. Nos sorprende la escenografía que le rodea, pues está muy alejada de lo que las mitologías y religiones nos han enseñado. No hay dioses ni ángeles ni demonios presidiendo la reunión. Tampoco se escuchan músicas estremecedoras. No observamos ninguno de los símbolos tradicionales a los que nos han acostumbrado la poesía y la pintura, a excepción de una balanza. Manos invisibles están cargando los dos platillos con pesas invisibles. El hombre está siendo juzgado, y mientras oscila el fiel de la balanza se pone en juego su inmortalidad.

Nosotros, espectadores escépticos que hasta hace poco creíamos que nunca asistiríamos a una escena semejante, pensamos de inmediato en el bien y el mal. Sin embargo, el hombre, obligadamente instalado en la extrema lucidez, sabe que no es juzgado por sus acciones bondadosas o malignas. Sabe a la perfección los criterios que se le aplican. Lo desconcertante de esta extraña historia es que su curso se interrumpe antes de que nosotros podamos llegar a igual conocimiento. ¿Qué contienen, entonces, los platillos de la balanza?

### 2

Para aventurarlo demos un rodeo y situémonos en ese otro juicio que afecta a cada una de nuestras horas y al que, a falta de palabra mejor, denominamos memoria. La memoria es un tribunal permanente aunque arbitrario: premia gratuitamente y castiga con generosidad. Años enteros de nuestra existencia quedan sepultados bajo pesadas losas de olvido y, como contrapartida, surgen, firmemente asentados, momentos fulgurantes. Lo peculiar de este íntimo tribunal es su completa amoralidad. No actúa según códigos o leyes morales establecidas, ni se remite a valores éticos positivos o negativos. No se puede afirmar, desde luego, que sea ajeno a la conciencia, pero obra, por así decirlo, según el instinto de la conciencia.

Como tal instinto operante en el tejido del tiempo, la memoria saca a flote, incrustándolos en nuestro presente, los vértices decisivos de nuestra existencia. Poco importa que estos vértices hayan quedado aparentemente sumergidos en océanos de rutina, pues acaban prevaleciendo siempre, incluso contra nuestra voluntad. Cuando retornan aquellos ojos, aquella piel, aquel sonido, aquel aroma, resulta inútil oponerles resistencia recurriendo a un supuesto orden vital que, quizá, invita a prohibirlos.

En cuanto instinto de la conciencia, la memoria construye un relato secreto de nuestra vida, que diverge, cuando no se opone, del relato oficial que tendemos a legalizar, no sólo en relación al mundo exterior, sino también con respecto a nuestro propio mundo. Y este relato secreto es siempre inquietante, subversivo y, en el único sentido en que puede ser empleado este término, verdadero.

### 3

Ahora bien, ¿cómo se constituye este misterioso relato que guardamos en algún lugar recóndito de nuestro interior y al que sólo accedemos mediante la oblicua sinceridad del recuerdo? De entrada percibimos que nada tiene que ver con el tiempo normativo que dictamina nuestra cotidianidad. Esta percepción contradice convicciones profundamente arraigadas en nosotros. Estamos habituados a aceptar que formamos parte de un tiempo acumulativo, lineal, brotado de un principio y orientado a tener un fin. A las razones biológicas que nos llevan a este convencimiento se les suman otras, culturales, que dirigen un determinado desarrollo de los destinos colectivos e individuales. Así se forma nuestra imagen del tiempo como un continuum irreversible en el que no caben «eternos retornos» y, ni siquiera, dislocaciones. Estamos sometidos al reloj, al calendario y a la ley.

Lo paradójico, no obstante, es que de modo simultáneo estamos en condiciones de observar que hay otro tiempo en nosotros que nos configura de una manera radicalmente distinta. Un tiempo ajeno a toda linealidad, desbocado, caótico, que fluye libre, apoderándose a zarpazos de nuestra mente. Este otro tiempo, mediante el que reconocemos el relato secreto de nuestra existencia, no admite la imagen de un continuum, sino que, al contrario, se manifiesta con violentas discontinuidades, con bruscos saltos y retrocesos que agreden la idea comúnmente asumida del devenir. Desconocemos su funcionamiento pero captamos su presencia en forma de instantes que se enroscan en el árbol de nuestra razón, ofreciéndonos los frutos de sabor más intenso.

La superioridad, en nuestra conciencia, de tales instantes sobre el tiempo normativo al que ficticiamente obedecemos estriba en su fuerza y, también, en su libertad. Acceden a nosotros libremente y nos sugieren un poder insuperable. Aunque quisiéramos, como a veces queremos, no podernos escapar a ellos porque representan, no lo mejor o peor de nosotros mismos, sino lo que ha grabado en nuestra identidad una señal imperecedera. A través del eco queremos volver una y otra vez al sonido originario, siguiendo las ondas expansivas deseamos recrear el momento en que la piedra chocó con el agua. En nuestro relato secreto cada uno de estos instantes encierra un mundo autosuficiente y, asimismo, en permanente transformación.

### 4

Implican, en cierto sentido, nuestro mito personal, nuestra edad de oro, si bien ésta, lejos de ser entendida en una dimensión arcádica, supone, por encima de cualquier

otra característica, una especial profundidad, una herida sin cicatrizar en la piel de la conciencia. Esta edad de oro no nos informa de nuestros días felices ni nos introduce a perspectivas de armonía, sino que, por medio de una visión infinitamente más decisiva, nos sumerge en simas en cuyo fondo relucen, sin trabas ni ataduras, los momentos esenciales de nuestra existencia, aquellos que en razón de su jerarquía sobre los demás podrían muy bien ser calificados como nuestros momentos áureos.

Buena parte de la poesía está construida alrededor de su evocación. Quizá sea éste uno de los rasgos más significativos de lo poético frente a otros ámbitos literarios que tratan de reconstruir la historicidad del tiempo mediante artificios narrativos. Esto se hace muy evidente en la ficción de la novelística clásica y en la hipotética realidad recuperada de los escritos autobiográficos y de las «memorias». En todos los casos prevalece el modelo lineal del tiempo. Por el contrario, lo genuinamente poético no reside ni en la forma ni en el tema, sino en un tratamiento temporal de la experiencia humana que, haciendo caso omiso de aquel modelo, se concentra en determinados focos cuya especial luz oscurece extensos territorios librados al olvido. La poesía verbaliza segmentos de la experiencia que flotan en el vacío, convirtiéndolos en universos con vida propia.

Sin embargo, en cuanto a expresión verbal, la poesía no hace sino tratar de reproducir aquello que es básicamente irreproducible porque pertenece a la existencia mítica, al relato secreto de cada uno de los hombres. Con todo, es la mejor pauta para observar qué hay de común y comunicable: lo poético alude a lo que retorna permanentemente, más allá de los cambios epocales y culturales. Es un círculo que gira sobre sí mismo. El conocimiento científico se apoya en una lógica de progreso histórico. Por eso, justamente, hablamos de avance. El conocimiento poético es un reconocimiento de lo que ya vive en nosotros. La poesía vuelve una y otra vez sobre las mismas representaciones. Baste con comparar los poemas de los más diversos autores y de las más diversas épocas. Los motivos se repiten, escasos y recurrentes, y, aunque las formas puedan ser muy diferentes entre sí, todos parecen converger en un escenario central donde la existencia humana habita en un tiempo, y por tanto también en un espacio, radicalmente distinto.

## 5

Este escenario que la poesía intenta mostrar está presidido por eros. Pienso que una afirmación de este tipo queda justificada si aceptamos la hipótesis de que el rasgo esencial de lo erótico es la drástica modificación del curso del tiempo. Eros alumbró nuestros momentos áureos y, simétricamente, éstos entretejen nuestra constelación erótica. Se exige, así, una suerte de doble nacimiento según el cual la fuerza de un instante, siendo imprescindible como acción, todavía es más importante si logra traspasar el filtro de la evocación. Lo erótico conlleva deseo y poder, pero éstos únicamente sobreviven si son capaces de superar la prueba de la memoria.

La tensa espera de un determinado acontecimiento, la caricia sobre un cuerpo, la contemplación de algo bello o terrible sólo llegan a incorporarse a nuestro espacio

mítico si permanecen y crecen en nuestro recuerdo. A este respecto la criba es gigantesca: aquello que pareció único y singular, aquello que al ocurrir parecía que marcaba para siempre nuestras vidas puede desvanecerse frecuentemente en el olvido más absoluto. Para que el poder perdure se necesita que continúe ensanchándose la onda expansiva, se necesita que continúe escuchándose el eco. La pasión no radica en lo que sucedió sino en lo que, salvando las trampas del laberinto, sigue sucediendo.

Situado en este horizonte, lo erótico nos remite a la sexualidad y al amor, pero asimismo a todas aquellas experiencias que articulan nuestro relato secreto, o, dicho de otro modo: nuestra vida paralela. Acaso, incluso, podría afirmarse más contundentemente: nuestra vida. Pues lo demás, lo que ha transcurrido al margen de tales experiencias, no es propiamente nuestra vida. Es simplemente la materia del olvido, lo superfluo. Nuestra auténtica autobiografía, lo que alimenta nuestra identidad y nos mantiene vivos, es nuestro mito.

Es inútil tratar de detallar las características de experiencias que pertenecen a la especificidad de cada ser humano. A pesar de esto no resulta difícil establecer su orientación común: de alguna u otra manera nos introducen en el ámbito del enigma. No se trata, por supuesto, de acciones voluntariamente concebidas para la indagación de lo enigmático. Tales acciones, cuando se pretenden, acostumbran a estar destinadas al fracaso. De esta circunstancia se deduce la miseria de las religiones positivas en su ambición de planificar la relación del hombre con la esfera de lo sagrado. Tampoco otros estados de la conciencia que entrañan carga extática, mística o estética pueden preconcebirse. Son estados que pueden razonarse pero se dan sin razón. Algo similar ocurre con lo erótico, que en cierta medida integra esos estados: se trata en todos los casos de fulminantes viajes del ser humano hacia afuera de lo que cree que es su existencia. Son roces con lo enigmático. Por eso son sentidos siempre como ganancia y como pérdida. De ahí que únicamente el segundo nacimiento de eros, aquel que se produce por la fecundación arbitraria de la memoria, sea capaz de devolvernos, aunque oscuramente, el sentido de nuestros viajes al afuera.

## 6

No hay ideas áureas situadas en un mundo suprasensible, sino momentos áureos que pertenecen a nuestro mundo sensible. Esta convicción me aleja, como es obvio, del punto de vista platónico, pero sigue manteniéndome cercano a cierta atmósfera de Platón en la que lo erótico es el motor hacia la verdad, en la que lo que denominamos realidad es pura fantasmagoría, y en la que, provocadoramente, conocer es recordar. Con respecto a esta última premisa apostaré sin dudar: conocer es recordar, si por conocer entendemos, no el avance de la lógica científica, sino aquel otro conocimiento, inclinado esencialmente al conocerse, expresado desde épocas lejanas en fórmulas como «conócete a ti mismo» o, según otra que prefiero, «conoce tu daimon».